

Epílogo.

*Entrevista con François-Xavier Guerra:
«Considerar el periódico mismo
como un actor».*

Debate y perspectivas

La prensa constituye una fuente histórica peculiar. Los periódicos han sido una de las formas escritas que más han acompañado el surgimiento del discurso historiográfico en las sociedades modernas. No podía ser de otra manera pues tanto la prensa como el discurso historiográfico fueron parte del mismo proceso de la modernidad burguesa. Los periódicos publicaron los primeros escritos de la historia moderna y las historias «nacionales» se comenzaron a escribir con ellos. La historiografía de cuño novecentista los tuvo en la cartera de *fuentes*. Luego sin embargo, la renovación de las herramientas del conocimiento, la combinación de perspectivas múltiples, pusieron la misma noción de fuente en cuestión, junto con el discurso de la historia como ciencia de la burguesía en ascenso. Así, aparecieron otras formas de acercarse al hecho histórico, al proceso y a la mentalidad, pasando algunas de las fuentes a sus cuarteles de invierno. Con los periódicos ha acontecido lo contrario, han vuelto con renovado brío, hasta hacerse personajes de la nueva historia cultural. Así, actualmente, consideramos al periódico mismo como un actor.

Los nuevos estudios acerca de la cultura política y la comunicación, que buscan entender las ideas del mundo que se hace la población en un determinado momento histórico, debieran percibir a los más suspicaces de que la prensa escrita trascendía la lectura íntima e individual, interactuando en un proceso complejo de creación de mentalidades colectivas. Así lo han hecho ver los estudios de la historia cultural europea, particularmente a partir del laboratorio infinito que fue la Revolución Francesa. Desde Chartier en la propia Francia, pasando por Reichardt en Alemania hasta Burke y Darnton en el mundo anglosajón, son muchos los aportes que la moderna historiografía ha hecho a este entender. Los estudios que en el mundo hispánico llevan adelante Bouza, Cátedra, De la Flor y García de Enterría, confirman, desde la época del Renacimiento, el tejido cultural en el que la escritura y otras formas no escritas —como la visual y la oral— de la comunicación trascendían lo elitista para instalarse en lo popular, de manera que las exclusiones de las que la plebe y el campesinado fueron objeto por parte de la reflexión historiográfica previa han sido replanteadas por estos estudios. De todas formas, la duda siempre asalta. Por eso en nuestra conversación con F-X Guerra planteamos este problema, respondido con la solvencia que dan los estudios que el propio Guerra y sus seguidores nos proporcionan ahora. Tributarios de este conjunto de textos y de esta gran corriente que se ramifica en diversos espacios académicos, los artículos de este monográfico ahondan en el tema desde distintas latitudes y en varios momentos del proceso de creación colectiva de imaginarios nacionales en la Hispanoamérica decimonónica.

El historiador norteamericano Charles Walker¹ ha revisado una interesante documentación, que prueba la importancia de las *chicherías* y *tambos* urbanos como espacios de propagación de las nuevas ideas de cambio y de las conversaciones subversivas. La imagen que proyecta su tesis es la de una complementación de ida y vuelta entre lo escrito y lo oral, en el inicio republicano del Cuzco. Mientras que en distintos lugares de Europa, el capítulo de un reciente libro de T. Munck² sobre la Ilustración en «la otra Europa» es contundente al respecto. Munck se remonta a inicios del siglo XVIII, evalúa el crecimiento cuantitativo y cualitativo de la prensa, su interactividad con los lectores, su influencia en los movimientos sociales y su perfil tan elocuente en la era revolucionaria, que ha merecido las más importantes contribuciones al análisis de la prensa. En el caso peruano, el estudio de la coyuntura de 1822 sobre la caída de Monteagudo, donde un periodista incendiario apellidado Tramarria jugó papel preponderante, es lo más documentado sobre la influencia de una campaña periodística en el comportamiento político popular, como lo muestran los trabajos de Lohmann, de Carmen Mc Evoy y el más reciente de Gustavo Montoya³. Coyuntura similar es por ejemplo, en otro momento, la estudiada por Víctor Peralta en este volumen.

Las variadas inquietudes de los estudios que ahora se reúnen, muestran cómo desde el mismo punto de partida se llega a los más diversos resultados, gracias a la plasticidad de la materia que se usa como insumo. Los autores discurren tanto en la Cartagena de mediados del XIX como en Buenos Aires, Lima y México en la misma época. Pero lo que buscamos es seguir la génesis del género, como lo plantea el artículo que cierra la colección que integra este volumen.

Contra la postura reciente de que entramos en la era de las comunicaciones, Peter Burke plantea que cada momento histórico ha sido siempre una era de las comunicaciones. Esa transferencia de ideas, imágenes y sentimientos, termina en instituciones como los medios, pero ello ha sido parte de un proceso que ha tenido hitos en su desarrollo como la aparición de la esfera pública, cambiando junto con las formas de relación en la sociedad. De tal manera que, el estudio de la escritura periódica impresa, nos vincula con las formas escritas y orales de transmisión de mensajes y noticias, previas y paralelas a ella, entendida como fenómeno cultural. El periodismo como medio se fue transfigurando con la sociedad y la cultura, así que nuestro estudio de su forma y contenido nos acerca a la génesis de su aparición y a la entraña misma de la cultura política de la sociedad y de sus cambios. Está largamente argumentado que esto tuvo que ver con la aparición y desarrollo de una esfera pública a la que estuvo asociado y a la que dio un impulso revolucionario. Pero como sostiene Burke, hay una diferencia dentro de esa llamada esfera pública, una temporal o coyuntural que se hace veloz en los momentos álgidos y otra estructural o permanente.

La imagen que una vieja literatura histórica rescató en los Andes, de aquellas plazas del hablar, las *rimacpampa*, no es otra cosa que la que Robert Darnton nos ha retratado del «árbol de Cracovia» en el

-
1. Charles WALKER. «La orgía periodística»: prensa y cultura política en el Cuzco». *Revista de Indias* (Madrid). LXI/221 (2001), p. 7-26, cita en p. 15.
 2. Thomas MUNCK. *Historia social de la Ilustración*. Barcelona: Crítica, 2001, p. 155-190.
 3. Guillermo LOHMANN VILLEN. «Propuesta de don Mariano Tramarria para la designación de informantes sobre la situación en América». *Anuario de Estudios Americanos* (Sevilla). III (1946), p. 1.049-1.061. Carmen Mc EVOY. «El motín de las palabras: la caída de Bernardo Monteagudo y la forja de la cultura política limeña (1821-1822)». *Boletín del Instituto Riva Agüero* (Lima). 23 (1996), p. 89-140. Gustavo MONTOYA. *La independencia del Perú y el fantasma de la revolución*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2002.

París prerrevolucionario, un espacio de chisme y de «noticias» que era frecuentado incluso por los espías del régimen, preocupados por los murmullos populares a los que los realistas en América llamaron «bullas» antes de que cuajaran los movimientos sediciosos independentistas.

Las lecturas en voz alta y los comentarios colectivos de los periódicos que estudia Darnton son sucesores de ese espacio del árbol de la verdad que se representó en el teatro convirtiendo su memoria en icono. Provieniendo de la prensa, volvían a alimentar las páginas de los periódicos luego del hecho social de la lectura⁴. Lo que se dice se escribe y lo escrito se dice. Las páginas de los periódicos son también una fuente del folclor y de la oralidad, una escenografía del teatro, la tribuna en la plaza pública, las paredes que oyen. En este número de la revista, la lectura en voz alta es resaltada por Conde en su estudio de la prensa cartagenera. Los comentarios sobre su presencia y su influencia corresponden a la propia prensa de la época y corroboran los estudios modernos de la historia de las comunicaciones. Conde además se acerca a la esfera pública en su carácter popular, atravesado por factores étnicos en una sociedad de raigambre profundamente afroamericana.

Las novelillas y cuentos que se leían y contaban en casa o la calle como nos lo presentan las páginas culturales de la Francia revolucionaria, no son otro fenómeno que esa vieja *literatura de cordel* que Pedro Cátedra estudia en la España del Renacimiento, trasladada al espacio americano con el Barroco, como lo muestran los estudios de la transmisión de la oralidad en folletería que se vendía en ferias del norte brasileño. La prolongada presencia del género en Brasil ha sido nota característica de su tradición literaria y de su cultura nacional. Pero esto se dio también, con diversos grados de conocimiento por nuestra parte, en distintos lugares de América como México, Colombia o Paraguay y fue paralelo o precedió a los libelos, los pasquines y las transcripciones de cancioncillas populares o rimas⁵.

Frente a la censura: la clandestinidad. Eso se mostró otra vez en Francia, una comunicación clandestina, impresa o manuscrita. Allí corría tanto lo herético como lo pornográfico, acompañando a los impresos políticamente subversivos. Otro libro reciente firmado por Burke y Briggs⁶ lo reafirma. Ello contrajo un proceso de desacralización que acompañó a la Ilustración, que llevaba ligada discursos disidentes. Las páginas que acometían la vida sexual de María Antonieta pudieron haber influido en el proceso revolucionario. Por otro lado, como afirma Mona Ozouf⁷, hubo una *transferencia de sacralidad* de la iglesia al Estado.

Hay otra relación implícita entre religión y política. La palabra *propaganda* viene de la evangelización o propagación de la fe. Se adaptó a la política, para propagar el patriotismo. La palabra acunaba un nuevo fenómeno, «aunque los usos de imágenes y textos para dar forma a actitudes se remontan muy atrás en la historia humana, la conciencia y la escala que animaron la campaña mediática revolucionaria constituían una cierta novedad» señala Burke⁸. De esto trata el estudio de Marta Irurozqui sobre los catecismos

4. Robert DARNTON. «An Early Information Society. News and the Media in Eighteenth Century Paris». *American Historical Review* (Washington). 105/1 (2000), p. 1-35.

5. Madeline SUTHERLAND. «Romances, corridos y pliegos sueltos mexicanos». En: Luis Díaz G. Viana (coord.); Araceli Godino López (ed.). *Palabras para el pueblo*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Departamento de Antropología de España y América, 2000, vol. II, p. 245-265. Consuelo POSADA GIRALDO. «Literatura de cordel en España y Colombia». *Estudios de Literatura Colombiana* (Medellín). 2 (1998) p. 93-108. La bibliografía más acabada y sistemática en María Cruz GARCÍA DE ENTERRÍA (coord.). *Literatura popular. Conceptos, argumentos y temas*. Barcelona: 1995. (*Anthropos*; 166/167).

6. Asa BRIGGS; Peter BURKE. *De Gutenberg a Internet. Una historia social de los medios de comunicación*. Madrid: Taurus, 2002.

7. MONA OZOUF. *La fête Revolutionnaire 1789-1799*. París: Gallimard, 1976 citado por Asa BRIGGS; Peter BURKE. *De Gutenberg...* [6], p. 118.

8. Asa BRIGGS; Peter BURKE. *De Gutenberg...* [6], p. 119.

políticos. Una literatura que no era del todo desconocida en la historiografía previa, atenta a escritos tan carismáticos como éstos, propios de un discurso nacionalista canonizador. Irurozqui toma cuatro de estos llamados catecismos y junto con los debates electorales que conoce bien en Charcas, nos traza un derrotero para la comprensión del surgimiento de un nuevo sujeto, el ciudadano. Las transformaciones públicas y políticas ocurridas en Chuquisaca y las ciudades alto andinas del futuro Estado boliviano se nos presentan a partir de esta literatura. Escritos que son antesala de la prensa periódica que entonces sólo tenuemente entraba en las rendijas de la comunicación urbana en proceso de cambio. La implicación del *pueblo* fue a la vez causa y consecuencia de la implicación de los medios. Eso ocurrió, como la proliferación de la prensa periódica, también en Francia y en la Norteamérica revolucionaria.

Razón, Ilustración y «derechos del hombre» se abrieron paso en el terreno de la opinión. La revolución fue también, de acuerdo a los recientes estudios, producto de la invención de una nueva cultura política y la construcción de una comunidad de ciudadanos. Pero estas nuevas aportaciones no descuidan que no se leía mayoritariamente y que la comunicación oral se constituyó en pilar del proceso. Lo mismo que la comunicación visual: las pinturas. Tema que los estudios que reunimos no han llegado a abordar.

Las tertulias, las charlas de café y los espacios populares como las *chicherías*, fondas y *tambos* han tomado posición vinculante al desarrollo de la opinión pública. Los estudios culturales europeos vienen encontrando sus pares en América. Así lo muestra González Bernaldo de Quirós y lo subraya Víctor Peralta en su estudio del más importante de los diarios peruanos, *El Comercio*. Peralta hace un rápido recorrido por la historia previa a la publicación de *El Comercio* y nos lo presenta en un momento crucial del desarrollo político limeño y peruano al calor de un proceso electoral. La exposición del tejido político que se vivía en Lima lleva a Peralta hacia las ramificaciones y relaciones que la prensa de la capital tenía con la de las principales ciudades del país. Así, el trasvase de posiciones, artículos e informaciones, toma cuerpo mostrando un espacio político que distaba mucho de ser monopolio de Lima. El estudio de la prensa regional que hace Ragas nos perfila con mayor nitidez todavía la importancia de esta visión regionalizada del proceso de formación política nacional. Visto desde el presente, este panorama se muestra más progresivo que el fagocitante control que ejerce la prensa centralista en la política peruana contemporánea. La coyuntura de mediados del siglo XIX dejó al diario estudiado por Peralta con las puertas abiertas a convertirse en el más importante de la prensa de ese país andino en el futuro.

Los vínculos o trasvases culturales son vistos en una perspectiva más amplia por Lilia Granillo, que los explora entre México y España, acentuando el aspecto referido a la escritura femenina. Su propuesta nos muestra una presencia de la prensa en aspectos culturales y políticos que no atañen específicamente al debate partidista o a la lucha por el poder, como muchas veces parece reducirse el terreno de la prensa periódica. Las poetisas, sus propuestas, sus apreciaciones morales, discurren entre páginas editadas tanto en España mirando a América como en México teniendo en el fondo a España.

Desde la provincia no se ha hecho mucho, por eso resultan enriquecedores los acercamientos de Ragas y Conde. Ragas concluye con perspicacia la importancia que esos periódicos tuvieron para abrir un diálogo entre desconocidos en espacios muy diversos, sólo patrocinados por el prestigio y el interés que la prensa escrita tenía entonces.

La mujer participa ampliamente del proceso aunque su presencia en este campo también ha sido desdenada. Así lo muestra el estudio de la profesora Canterla sobre la *Pensadora Gaditana* que no sólo tiene un interés erudito —fijar a la autora del periódico como un personaje histórico— sino que le permite

ubicar a la mujer y su escritura en un amplio contexto. Desde Cádiz, su aporte ilumina (para usar una palabra cara a la escritura de entonces) otras plumas allende el Atlántico.

Hay aspectos que nuestros colaboradores no han tocado y que quedan pendientes, ya mencionamos lo referido a la comunicación visual y específicamente a la oral sin considerar sus vínculos con lo escrito. Pero más amplio todavía es el tema de la influencia de esa prensa escrita en el mundo rural. Lo hemos dejado planteado en el estudio introductorio y lo conversamos con el profesor Guerra, pero queda todavía mucho por explorar. Para cuando esto se haga, el campo ya estará roturado.

Luis Miguel Glave

* * *

Sus estudios sobre los procesos de la Independencia y la formación de la cultura política en México son ya clásicos de la historiografía americanista. A su lista de publicaciones suma una escuela que ha sentado las bases de una historia comparativa en Hispanoamérica. Por éstas y muchas otras razones, escogimos a François-Xavier Guerra como nuestro interlocutor para reflexionar sobre el tema que nos atañe. La lectura de los ensayos que componen este número se enriquecerá con esta motivadora conversación con quien ha orientado muchos de estos nuevos estudios. Pero no sólo eso, también, esta charla y los temas que desde aquí se proyectan en los trabajos que publicamos, abrirá nuevas pistas de investigación y ayudará a encontrar los nexos que fluyen de un tipo de trabajo que se impone fértil en múltiples espacios académicos.

[Gran desasosiego nos causa leer esta glosa introductoria escrita en presente luego del sensible fallecimiento de quien amablemente se prestó a platicar sobre sus conocimientos y alentar nuevos estudios. La pérdida de un ser humano es irreparable, pero la de los maestros como F-X Guerra pasa con una cierta dulzura cuando lo sentimos vivo todavía en su palabra. Paradójico testimonio de este breve encuentro. (LMG)]

LUIS MIGUEL GLAVE: *En la promoción de la prensa periódica como fuente para renovar el conocimiento de los procesos de cultura política en nuestros países encontramos algunas objeciones que son de sentido común. Si la población era mayoritariamente indígena en los Andes, y analfabeta en general, ¿qué importancia puede tener estudiar lo que se publicaba para cenáculos o extremas minorías lectoras? ¿no es eso un espejismo o una abierta tergiversación que nos lleva a ver un proceso vivido sólo por elites? Las elites además eran las dominantes, los herederos de la colonia, los que formaron un sistema excluyente y de espaldas al mundo rural indígena. ¿No será entonces la imagen que se obtiene una encubridora de la realidad total o mayoritaria del pueblo americano? Esto es manifiestamente más importante en el mundo andino, donde los indios además de analfabetos tenían una cultura diferente y enfrentada como posibilidad nacional. Por eso, por qué leer la historia con los ojos de los que los cerraban para esa —como los llamaban los periódicos de la época inicial de la república— «interesante porción de la patria».*

FRANÇOIS-XAVIER GUERRA: La cuestión de la prensa hay que situarla en un marco más general, que es el de los sistemas y medios de comunicación en las sociedades de la época de la Independencia, lo que eliminaría bastantes falsos problemas. Nadie puede pretender que, por muy marginado que estuviese

el mundo indígena, viviese completamente aislado del resto de la sociedad y no comunicase con el resto de ella: por escrito, oralmente o por otros lenguajes (icónicos, ceremoniales, etc.).

En el caso de México, la comunicación es constante, considerable y reconocida, a la cual ha contribuido un mestizaje muy generalizado, la gran movilidad de la población indígena y sobre todo a finales del siglo XVIII a su importante alfabetización, mayor que en periodos posteriores del siglo XIX⁹. Los trabajos de Tank Estrada sobre las escuelas de la ciudad de México a principios del siglo XIX y sobre las escuelas de los pueblos —en su mayoría de indios— confirman el extraordinario crecimiento del número de escuelas en el virreinato, sin duda más de un millar, incluso en pequeños pueblos de indios¹⁰. Aunque de ahí no se pueda deducir que todos los niños acabasen por saber leer, se puede suponer que la capacidad de leer —menos de escribir— estaba bastante difundida incluso en el campo. Ciertamente había en cada pueblo varias personas —¿unas cuantas? ¿varias decenas?— que podían leer, como lo confirman la correspondencia con los pueblos durante la insurgencia y los temores de la época. En 1811, por ejemplo, el Deán del Capítulo de México se inquieta por la difusión de «la multitud de pasquines, cedullitas, cartas y otros arbitrios para inficionar la lealtad y patriotismo de los americanos, especialmente de los *indios y rancheros*»¹¹. Este fenómeno no puede más que reforzar lo que ya sabemos sobre la gran semejanza de los imaginarios de la población mexicana, tanto en el campo religioso (pensemos en la devoción a la Virgen de Guadalupe) como en el político, como se puede apreciar en los múltiples escritos de la época de la Independencia. Bien se sabe ahora por lo demás que los pueblos indígenas fueron en México actores políticos esenciales tanto de la Independencia como de una buena parte del siglo XIX, participando activamente por ejemplo en los pronunciamientos y dejando en este caso innumerables actas escritas de adhesión o de rechazo a estos acontecimientos.

Aunque sin duda en los Andes, la escolarización, el alfabetismo y el aislamiento de las comunidades fueron mayores, algunos estudios (como los de Joelle Chassin sobre la revuelta de Huanuco) y bastantes documentos de archivo nos muestran que sus conocimientos de acontecimientos no sólo del virreinato sino incluso de Europa eran relativamente importantes, lo que explica también los esfuerzos de traducción a lenguas indígenas de documentos esenciales por los gobiernos revolucionarios de Buenos Aires y sus partidarios en el Alto y Bajo Perú. No cabe, por eso, hablar de una heterogeneidad total de su imaginario y el de las elites europeas. Tres siglos de relaciones mutuas lo hacen imposible. El grito, por ejemplo, de «Viva el rey y muera el mal gobierno» común a tantos levantamientos —indígenas o no— implica un imaginario en parte común y la interiorización del antiguo imaginario político de la «respublica»: la primacía de la justicia como valor social, una imagen del rey como dispensador supremo de ella, una noción pactista de las relaciones entre gobernantes y gobernados, la legitimidad de la protesta cuando autoridades abusivas rompen el pacto, etc. Estos imaginarios son perfectamente perceptibles en todos los discursos indígenas que poseemos.

En mayor o menor grado en todos los sitios había mediadores entre los dos mundos. Había indígenas residiendo en las ciudades y villas que no habían cortado sus vínculos con sus comunidades de origen;

9. Ver Francois-Xavier GUERRA. *Modernidad e independencias*. Madrid: Editorial MAPFRE, 1992. En especial el capítulo VIII.

10. Dorothy TANCK DE ESTRADA. *La educación ilustrada (1786-1836): educación primaria en la Ciudad de México*. México: El Colegio de México, 1977; Dorothy TANCK DE ESTRADA. *Pueblos de indios y educación en el México colonial, 1750-1821*. México: El Colegio de México, 1999.

11. «Informe sobre la libertad de prensa hecho por los Venerables Deán y Capítulo de la sede vacante de México al Virrey Don Francisco J. Venegas, el 14 de junio de 1811». En: Genaro García (ed.). *Documentos inéditos para la Historia de México*. México: Vda. de C. de Bouret, 1905-1911, t. 9, p. 173.

había indígenas de los pueblos cercanos que venían a vender sus productos; había en el campo, caciques que habían aprendido el español y curas que hablaban lenguas indígenas; había, entre campo y ciudad y entre diversas regiones, arrieros y comerciantes ambulantes, indígenas o mestizos.

Una vez dicho esto, para evitar falsos problemas, lo importante es analizar finamente las redes de comunicación, los medios empleados, las estrategias utilizadas en este campo por todos los actores, los indígenas también. Hay así pues que estudiar cuáles son los lugares y las personas situados en nudos estratégicos de esas redes; ponderar la parte de transmisión oral y escrita —impresa algunas veces y más comúnmente manuscrita—; identificar la parte respectiva de manipulación voluntaria o involuntaria en la propagación de noticias y rumores; examinar las modificaciones a los que son sometidos; todo esto nos ilustra precisamente sobre los imaginarios de unos y otros y sobre los fines que persiguen los diferentes actores.

A partir de ahí, se pueden entonces analizar las causas y las consecuencias del aumento del número de periódicos —y las mutaciones de su contenido— así como la multiplicación de todo tipo de impresos. Ambos tienen su origen en el vacío del poder regio que se produce en 1808 con la abdicación forzada de Fernando VII. Este acontecimiento inaudito abre la vía a la constitución de una esfera pública moderna, aunque no fuera muy moderno al principio lo que entonces se manifiesta. La legitimidad de los nuevos poderes sólo puede fundarse en el «cuerpo político» de la Monarquía, aunque una parte del debate sea si hay que considerar ésta como una nación unitaria o como un conjunto de cuerpos políticos menores, los pueblos. Ya sea por vía electoral o por vía de opinión, hay que oír su voz, pues ahí está en último término la legitimidad suprema. Y esta voz es necesariamente plural, no sólo porque las opiniones difieren sobre las soluciones a los problemas políticos del día, sino también porque aparecen en plena luz las mutaciones culturales que habían experimentado las élites ilustradas en el siglo XVIII sobre «el reino de la opinión». Una «opinión pública» que no es una suma de «opiniones» variables e inciertas, sino el resultado teóricamente racional, cierto y único del uso público de la razón.

Pero lo «público» al que se refieren ya no es el «público» antiguo, el «pueblo», la «respublica» en su conjunto, sino los que por sus prácticas culturales —de sociabilidad, de lectura, de discusión— son los verdaderos ciudadanos de la «República de las Letras» primero, del «pueblo soberano» después. Esta «opinión pública» se ve investida de toda clase de funciones: impedir el despotismo al denunciar la arbitrariedad y los abusos del gobierno, ilustrarlo con consejos y sugerencias a la manera de los antiguos arbitristas, manifestar la aprobación o desaprobación del «pueblo» hacia su acción; pero también, informar a los ciudadanos e ilustrar al pueblo —bajo—, disipar los prejuicios —«preocupaciones» se dice entonces—, combatir la ignorancia, difundir las «luces». Todo un programa multiforme que abre la vía a diversos usos y estrategias de la «opinión» en los diferentes momentos, y por diferentes actores, en el siglo XIX.

Sin embargo en la realidad las cosas no serán ni tan bellas ni tan simples. La expansión de los escritos —manuscritos e impresos— de la época de la Independencia se hará en la América hispánica, en un contexto de querellas de facciones que pronto se trasformarán en guerra civil entre regiones «patriotas» y «realistas». Una guerra que, como todas las guerras civiles, es una guerra de palabras, algunas modernas, otras, la mayoría, muy antiguas. Hay que convencer y movilizar a sus partidarios exaltando su causa —la del rey o la de la patria— con argumentos que apelan más al sentimiento que a la razón. Hay que denigrar a sus enemigos mostrando su injusticia, su crueldad, su impiedad. Y en esta «guerra de opinión» todos participan con sus propios medios. En las ciudades, las élites y el bajo pueblo urbano combaten con sus modos de expresión tradicionales: con el pasquín, el libelo, las hojas volantes, las canciones,

el rumor, sin que muchas veces sea posible saber si son las unas o el otro los que los han lanzado. Los gobiernos lo hacen publicando y difundiendo gacetas o impresos que son otras tantas armas en la lucha contra sus enemigos y que en parte recogen los mismos géneros literarios y los mismos temas. Y, cuando progresivamente, después del conflicto armado, se vaya instaurando una libertad efectiva de prensa, no todo lo que las imprentas produzcan pertenecerá al registro de la moderna opinión pública, sino también a viejas prácticas de la lucha de facciones o la exposición de agravios de antiguos actores sociales. Así se ve, por ejemplo, en los primeros años del México independiente, proliferar la publicación de folletos de escasas páginas en los que un pueblo indígena presenta sus agravios contra un comandante militar, como antes lo hubiera hecho con una representación al virrey; o un religioso sancionado por su superior presentar su defensa; o un personaje poco conocido defender su honor, mancillado por un folleto anónimo o una alusión en la prensa. El «reino de la opinión» hay que entenderlo aquí en el sentido más estricto: se apela ahora a la opinión, como antes se apelaba al rey o a sus agentes. Y esta híbrida «opinión» no puede reducirse a los periódicos y debe englobar la inmensa folletería que, en todos los países hispánicos de esta época, es una parte esencial de la esfera pública, moderna y antigua, en la que participan también en las ciudades el bajo pueblo urbano. En México, también, esos folletos son vendidos a gritos en las calles, leídos y comentados en las tabernas y temidos por eso por las autoridades.

Una de las líneas de investigación menos exploradas para el resto del siglo XIX es saber de qué manera se perpetua y evoluciona esta opinión popular y cómo se articula con los diferentes lugares y soportes de opinión de las elites: tertulias, sociedades diversas, periódicos, folletos también. El mundo de la opinión no se limita a los periódicos, ni al impreso, ni al escrito, ni a las elites, ni a las ciudades. Hay, como en la sociedad misma, formada por múltiples grupos imbricados, una multiplicidad de espacios y modalidades de opinión.

L. M. G.: *Los periódicos fueron fuentes básicas de la primera imagen historiográfica que se dieron los pensadores de la burguesía criolla que buscaba sancionar su idea de nación. En los Andes por ejemplo tenemos las primeras «historias» hechas sobre la base de la prensa periódica y los impresos políticos como la Historia del Perú independiente de Mariano Felipe Paz Soldán o la Historia de los Partidos de Santiago Távara. Paz Soldán hizo luego una fundamental Biblioteca Peruana donde consignó sus fuentes y entre ellas los periódicos fueron lo más saltante e interesante. El polígrafo boliviano Gabriel René Moreno, más prolijo que el peruano Paz Soldán pero más ideológico, publicó otra Biblioteca Peruana que se suma a la otra como una de las bases bibliográficas que los estudiosos posteriores usaron. Estos son los baluartes de la historia política, militar y diplomática, que se centraba en las alturas del poder, en los hechos irrepetibles y heroicos. Historia positivista, donde la erudición de unos sustentaba la discursividad ideológica de otros. Con ello se consagró una visión que luego fue puesta en cuestión por la historia revisionista de la segunda mitad del siglo XX. La pregunta es: ¿qué diferencia el estudio de los maestros del XIX de los modernos aportes de la historiografía que vuelve a la prensa periódica? ¿o es lo viejo resucitado con envoltura de nuevo?*

F-X. G.: El problema no viene de las fuentes, sino del enfoque con que se las trabaja. El hecho de haber publicado esas colecciones de periódicos es, a pesar de su ideología elitista, una gran cosa, aunque hay que verificar si esas ediciones son completas y cómo se hizo la selección de las fuentes publicadas. Sería absurdo que esos papeles —periódicos o no— que apasionaron a las elites del siglo XIX fueran consideradas por los investigadores actuales como despreciables. No sólo son importantes porque

nos ilustran sobre lo que preocupaba a los grupos dirigentes, sino también porque gracias a ellos podemos aprehender múltiples realidades.

En primer lugar, saber quiénes son los que participan en la vida pública. El estudio de los publicistas es una parte esencial del análisis de la vida política. El análisis prosopográfico de ese medio nos permite captar no sólo su origen social o geográfico sino también su relación con la política. Como lo hizo, con gran pertinencia Pilar González Bernaldo de Quirós para Buenos Aires del siglo XIX¹², al cruzar esta prosopografía con la de los hombres políticos y los miembros de diversas asociaciones, se puede así estudiar una parte esencial de la elite dirigente, sus itinerarios personales, sus proyectos políticos y una parte de sus estrategias.

En segundo lugar, hay también que considerar el periódico mismo como un actor: a veces como una prolongación clientelar de algún personaje o facción política; otras, como la expresión de un grupo más o menos informal, reunido precisamente para expresarse a través del periódico, como lo fue por ejemplo, el grupo que editó el *Mercurio Peruano*. Con más o menos semejanzas este fenómeno sigue dándose en el siglo XIX y se puede aun constatar en el siglo XX, por ejemplo, en la prensa anarquista.

En tercer lugar, hay también que considerar el papel que juegan los periódicos en la lucha política. Como bien sabemos, una buena parte de estos periódicos tienen un existencia efímera, muy ligada a acontecimientos políticos importantes: un cambio de gobierno o de régimen, las elecciones, un pronunciamiento, una guerra civil. Un análisis fino de esta literatura permite aprehender lo que está en juego, los «partidos» en liza, el público al que se dirigen. Una cronología fina de las publicaciones da muchas luces sobre esos momentos claves, que a veces contradicen las versiones clásicas de la historiografía.

En cuarto lugar, y muy relacionado con el punto precedente, está el análisis de los lenguajes políticos —incluidas las ilustraciones y las caricaturas— y de los imaginarios, que no se limitan a las palabras. La prensa es una magnífica fuente para este tipo de análisis: para captar cuáles son las palabras claves de una época o de un grupo político, su polisemia particular, las estrategias discursivas empleadas y también el público al que se dirigen, o quieren dirigirse.

El problema del público, de los lectores, es en general difícil de resolver pero esencial. La dificultad viene, muchas veces, de la ausencia de archivos de las publicaciones muy frecuente sobre todo en el caso de publicaciones efímeras, pero también de periódicos de más raigambre y duración. Sin embargo una lectura atenta de noticias breves, avisos en letra pequeña, direcciones de los lugares de venta, precios permiten reconstruir la geografía espacial y social de los lectores. El análisis de los géneros literarios empleados, las noticias de publicación o de venta de libros, los avisos de asociaciones, la publicidad, cuando existe, son otras tantas maneras de aprehender el medio al que se dirige. Los enfoques tienen que ser múltiples y no limitarse al público, ya que a menudo, el lenguaje popular o picaresco puede no ser la señal de un público popular sino un juego de estilo de las elites mismas; y lo mismo pasa con las cartas de los lectores o los artículos recibidos que son a menudo compuestos por los autores mismos del periódico. No quiere decir esto que los periódicos estén siempre dirigidos a una elite, puesto que uno de los fenómenos claros del siglo XIX es la progresión de los lectores en otros grupos sociales, populares también, cuya cronología tiene que ser objeto de una análisis fino.

12. Pilar GONZÁLEZ BERNALDO DE QUIRÓS. *Civilité et politique aux origines de la nation argentine. Les sociabilités à Buenos Aires. 1829-1862*. Paris: Publications de la Sorbonne, 1999.

En fin, queda por efectuar una conceptualización del papel de la prensa en la vida social y política: las funciones diversas que juega la «opinión» en los diferentes momentos del siglo XIX: como lugar de debate, como medio de legitimación, como instancia crítica, como expresión de reivindicaciones, como útil de socialización de nuevas ideas o valores.

L. M. G.: *En la «guerra de palabras», en la «conquista de la opinión», se abre un frente entre «patriotas y realistas» que gana el republicanismo, la soberanía. Fue como si un nuevo paradigma se hiciese del comando de las formas de expresión, incluida la «opinión pública». En los Andes, las cosas me parece que tomaron el mismo camino que México o el cono sur, sin embargo, por qué tuvo que llegar un contingente militar desde el sur y luego del norte que reclutó a los militares del último ejército colonial para ganar la independencia, porque sólo entonces la «república de las letras» —que no había podido afianzar en el poder su hegemonía cultural— se asoció con los militares, que sin embargo fueron los mandatarios por varios lustros.*

F-X. G.: La evolución dista de ser lineal. En una primera época, de 1808 a 1814, en el debate sobre la legitimidad de los nuevos poderes, las juntas americanas apoyadas en la soberanía de los pueblos, con su autogobierno «republicano», llevaban las de ganar, pues se apoyaban en el viejo imaginario pactista hondamente enraizado en la cultura política hispánica, el mismo que justificaba los gobiernos supletorios españoles. La invocación de la fidelidad al rey cautivo por parte de los realistas tenía un carácter puramente retórico pues nadie podía saber cual era su voluntad, ni si algún día volvería. La situación cambia profundamente con su vuelta a España en 1814. La extraordinaria fuerza que tiene aún la legitimidad regia aparece entonces claramente.

Aunque el tema esté poco estudiado, es indudable que esos años difíciles para los independentistas no se explican únicamente por razones militares. De hecho, sólo el Río de la Plata resiste e, incluso ahí se intenta negociar con el rey o buscar un monarca en otra familia real. Las ambigüedades de la Constitución de Cádiz y de los primeros textos constitucionales americanos que afirman la soberanía de la nación al mismo tiempo que exaltan al soberano cautivo, se disipan con la vuelta de Fernando VII. La restauración del absolutismo y la abrogación de la Constitución de Cádiz tienen lugar sin resistencia. La soberanía del rey no tiene rival entonces. Aunque una parte de las élites españolas y americanas sean constitucionalistas y liberales bien conocen el prestigio del rey en el pueblo. Por otra parte, incluso para ellas la experiencia del autogobierno ha llevado a la inestabilidad política. Los escritos de autores como el Deán Funes, Camilo Henríquez o Bernardo de Monteagudo en los años 1813-1815 son una reflexión desilusionada sobre las consecuencias imprevistas del nuevo régimen —de la soberanía del pueblo y del reino de la opinión— que han llevado a la lucha de facciones y a las querellas entre pueblos.

La supresión de la constitución y de sus libertades por el absolutismo restaurado hiere a los liberales, pero es sobre su incapacidad a dar una solución política a los problemas americanos —olvido de los odios civiles y concesión de una dosis de autogobierno— lo que va provocar la continuación de la guerra, la mutación de las identidades americanas y el auge independentista de finales de los años diez. La marcha a la independencia no vendrá esencialmente de la demanda de libertades individuales, sino de la reivindicación de la libertad colectiva. La libertad de la «patria» —de los «pueblos»— y su corolario la eficacia militar, tendrá primacía sobre todo lo demás. Aun afirmando los principios políticos modernos, los «libertadores» van, de hecho, a investir al ejército de la representación supletoria del pueblo y poner el pleno ejercicio de la constitución y de sus libertades a la consecución de la Independencia.

En esta segunda fase, la «república de las letras», no fue el artífice de la Independencia aunque si proporcionara los instrumentos discursivos para justificarla. El caso del Perú no es, en este campo muy diferente de los demás; su originalidad estriba en la elección del campo «realista» por la mayoría de las elites limeñas. A mi modo de ver, este hecho tiene ante todo una explicación geopolítica: una lucha por la supremacía en América del Sur entre Lima y Buenos Aires, que Lima acabó perdiendo. En cuanto a los militares, puesto que la libertad de los antiguos «predominó en casi todos los sitios sobre la libertad de los modernos»: ¿qué mejor título para gobernar que el haber empuñado las armas para defender a la patria?

L. M. G.: *Los impresos, los periódicos y las publicaciones vienen a coronar un proceso de comunicación. Sus afirmaciones nos conducen a pensar en múltiples formas de esa comunicación, que culminan en la ilustración o las luces de la prensa pero que empiezan en las formas orales, los pasquines, los rumores, las campanadas... ¿Es posible una jerarquización de los formas comunicativas, de los propios medios que aparecen? ¿Qué relación guardaría esa jerarquía con una arqueología del texto comunicativo?*

F-X. G.: Una buena parte del trabajo de investigación está por hacer y, por ende, la conceptualización correspondiente, aunque los trabajos de Roger Chartier y de Arlette Farge, entre otros, para Francia, proporcionan bastantes elementos de reflexión. Las consideraciones siguientes son sólo una primera aproximación a un tema muy amplio. La primera, es la necesidad de distinguir entre el tipo de medio de comunicación empleado y su uso, según el lugar, el momento y el fin buscado.

Si el medio empleado es la palabra, la primera distinción pertinente es, sin duda, la que separa lo oral y lo escrito. En la comunicación oral, es importante distinguir la palabra privada —la conversación, la información, el rumor susurrado al oído— de las diferentes formas de palabra «pública»: el sermón desde el púlpito, la lectura de una proclama por voz del pregonero, la arenga de un jefe militar a sus soldados o los diferentes tipos de discursos: en una ceremonia, en un motín, en una asamblea o en una campaña electoral—. Estas diferentes formas remiten no sólo a géneros discursivos y a lugares o espacios físicos diversos, sino también a públicos y a relaciones diferentes entre el locutor y sus oyentes. El pregón, la arenga, el sermón, el discurso en una ceremonia son palabras jerárquicas, revestidas de autoridad. La conversación o el rumor o, en otro registro, el discurso parlamentario, se sitúan en un plano más horizontal e igualitario. En fin, en otros casos, la palabra de un orador —en un mitin, o en un motín— se presenta como venida de abajo, como la voz de una muchedumbre o del pueblo.

De la misma manera, los usos del manuscrito y del impreso responden a lógicas diferentes. Algunas están determinadas por las condiciones mismas de su producción, aunque también aquí muchos matices sean necesarios. El impreso, casi por definición, está destinado a una amplia difusión, mientras que el manuscrito parece a priori dirigido a la comunicación entre individuos o en un ambiente restringido. Pero, esta afirmación es demasiado general, puesto que, aún a finales del Antiguo Régimen, algunos impresos cuentan con tiradas muy reducidas —por ejemplo, las relaciones de méritos— mientras que algunos tipos de manuscrito —los escritos clandestinos como los libelos, canciones y hojas volantes— pueden ser copiados decenas de veces y llegar a un público bastante amplio. Por eso, aquí también, hay que considerar el uso y el fin de estos escritos. La impresión de un escrito puede estar destinada más a fijar el texto o darle un carácter oficial que a otorgarle una difusión mayor. E inversamente, el uso del manuscrito puede indicar no tanto el carácter restringido del público al que se dirige sino la imposibilidad para el autor de acceder a la imprenta, ya sea por la inexistencia de ésta, sea por su control por las autoridades.

Una de las sorpresas que están trayendo los estudios recientes sobre las Luces y sobre la época de la Independencia es el uso amplísimo del manuscrito, no sólo en la literatura de protesta o en épocas de agitación, sino también en las prácticas usuales del ambiente ilustrado. Una buena parte de sus intercambios y discusiones se hace a partir de copias manuscritas —integrales o parciales— de libros o periódicos poco disponibles o de producciones originales de todo tipo destinados a ser leídos y discutidos en tertulias o sociedades. El manuscrito fue usado por círculos no muy numerosos, deseosos, por lo demás, de distinguirse así del vulgo.

En fin, en el campo de los imaginarios y de los valores otros medios de comunicación son tan importantes o más que el escrito. Nos referimos al vasto campo de lo que entra por los ojos o los oídos: tanto las imágenes —pinturas, esculturas— como la música, los símbolos y las alegorías, el urbanismo —con la jerarquía del espacio y de los edificios que conlleva—, las prelaciones, las procesiones, las ceremonias. En las sociedades barrocas como lo son las americanas —en el Antiguo Régimen e incluso después— son estos medios los que más profundamente modelan los imaginarios, enraízan o modifican los valores, revelan las jerarquías sociales —reales o ideales— y construyen las identidades colectivas. De ahí el carácter reductor de interpretaciones como la de Benedict Anderson que explican la aparición de identidades colectivas de tipo nacional por la difusión de la imprenta o a la multiplicación de los periódicos, como si no existiese ya antes toda esta inmensa gama de medios de comunicación tan numerosos y empleados en las sociedades euroamericanas del Antiguo Régimen. ¿Qué es más importante, por ejemplo, para la identidad de la Nueva España: los periódicos de finales del siglo XVIII o la inmensa difusión por lo menos desde el siglo XVII de las imágenes y del culto de la Virgen de Guadalupe?

De ahí, también, que el estudio de las múltiples expresiones de las políticas icónicas y simbólicas —con sus éxitos y fracasos— sea una de las vías más prometedoras para analizar el paso del Antiguo Régimen a la modernidad. Cuando estos estudios sean más numerosos podremos entonces jerarquizar de una manera más afinada la articulación de estos diferentes medios de comunicación y analizar sus progresivas mutaciones.

L. M. G.: *Una consecuencia de la folletería y de las formas de la primera prensa republicana en los países hispanoamericanos fue la aparición de una literatura. Ésta, como forma comunicativa y cultural, se asoció a esa forma de prensa, particularmente la novela que se originó en el folletín. Esa literatura además adquirió una dimensión especial: fue nacional. Recibió la influencia de Francia y de España, pero se desarrolló con una personalidad que buscó afirmar. Hubo un nacionalismo literario, a la vez que un americanismo hacia la mitad del siglo XIX. Estos temas ¿han sido materia de la literatura más no de la historia, por qué? Junto con las literaturas nacionales, se vino a formar un discurso literario particular: la historia. También nacional por su mensaje y su misión autoconcedida de ser lenguaje preceptivo, la historia (el tiempo y el espacio nacionales) que se vino a escribir también estuvo acuñada en esas páginas. ¿Qué relación hay entre la historia como discurso y la opinión?*

F-X. G.: En este campo, como en los demás, la evolución americana es inseparable de la europea y, como en Europa, la construcción de la singularidad nacional es un fenómeno cosmopolita¹³. Por eso, la difusión como folletines de novelas costumbristas o de relatos históricos franceses, españoles e ingleses

13. Véase, por ejemplo, para Colombia, Frédéric MARTÍNEZ. *Le nationalisme cosmopolite. La référence à l'Europe dans la construction nationale en Colombie (1845-1900)*. [Thèse de Doctorat], Université de Paris I, 1997, 824 p. y para Europa, Anne-Marie THIESE. *La création des identités nationales. Europe XVIII^e-XX^e siècle*. Paris: Seuil, 1999.

y la adopción de esos géneros literarios en América va pareja con la afirmación de la singularidad de los nuevos países y la construcción del imaginario nacional. Es cierto que, entre los géneros literarios empleados, la historiografía ha sido la más estudiada por los historiadores, quizás porque su mensaje es más explícito y su aparición más precoz. Incluso antes de fijar y socializar el tiempo y el espacio nacionales, los primeros relatos históricos justifican, explicitan y reivindican la ruptura que supone la formación de las juntas en América y la entrada en una nueva era: la de la libertad. Búsquese o no aún la independencia, la formación de las juntas es para sus partidarios tomar posesión de su destino: entrar en la historia y convertirse en sujetos de la historia.

De ahí la necesidad de elaborar un nuevo relato de los orígenes. Unas veces, la voluntad de historiar es inmediata y explícita. El *Aviso al Público* de Bogotá dedica así veintidós números en 1810-1811 a «la historia de nuestra Revolución», en una época en que las juntas gobiernan aún en nombre de Fernando VII. Otras veces la explicación de la historia y por la historia es implícita, pero no por eso menos presente. La mayoría de los discursos de la época, sea cual sea su género y su soporte, son discursos históricos, no sólo los que se presentan explícitamente como tales, sino también las proclamas y los manifiestos, la prensa, las ceremonias, los monumentos y los símbolos, el calendario¹⁴, los catecismos patrióticos... Todos exponen, con mayor o menor profundidad, los antecedentes y las causas próximas o lejanas que han llevado a la situación en que se encuentran. Como en Francia y en España, los primeros relatos históricos son los de la revolución, los de la ruptura con eso que desde entonces se llamará el Antiguo Régimen. Luego vendrán las «historias patrias» que, incluso antes que en la mayoría de los países europeos, construyen la historia de una nación identificada con los estados nacidos de la desintegración de la Monarquía hispánica.

Pero, en efecto, la historia propiamente dicha no es el único género literario empleado con este fin. El teatro, la poesía y la canción ocupan desde la época misma de la Independencia un papel esencial, por la facilidad de la memorización y su lirismo movilizador, a los que habría que añadir la retórica sacra. Los poemas, canciones, obras de teatro y sermones patrióticos forman un conjunto de fuentes aún poco sistemáticamente estudiadas en una perspectiva histórica.

En cuanto a la novela, aunque su empleo masivo sea en general posterior, Fernández de Lizardi con su *Periquillo Sarniento* había utilizado ya la picaresca para su crítica liberal del Antiguo Régimen. La novela, después, sea romántica, costumbrista o histórica, será un medio privilegiado de expresión y de difusión de los nuevos imaginarios. ¿Cómo no analizar, como lo hizo en su tiempo Pilar González Bernaldo de Quirós, *La cautiva* de Esteban Echeverría para comprender la futura conquista del «desierto» pampeano? ¿O el *Facundo* de Sarmiento, para la construcción de la oposición civilización-barbarie y la crítica de la antigua sociedad? ¿O, con signo contrario, la nostalgia de un idealizado Antiguo Régimen en las *Tradiciones peruanas* de Ricardo Palma? ¿O la literatura costumbrista para definir el «genio» o el «carácter» nacional?

Portadores de imaginarios y valores, la novela y los demás géneros literarios —y con ellos los discursos no verbales ya citados— son a veces la expresión de un consenso colectivo, pero en la mayoría de las ocasiones, visiones divergentes del hombre, de la sociedad, de la nación. Por eso son una parte tan importante —o más— de los debates de la «opinión pública», como los que presentan como explícitamente políticos en la prensa o en el parlamento. Y, por tanto, un objeto indispensable de la historia.

14. Pronto se fechan los documentos a tal «año de nuestra Revolución».